

*Del Señor por sobre todas las cosas*Por *Alberto Enriquez*

Y pensar que no sólo basta con decir hola o lanzar el cigarrillo a medio terminar cuando los pies del desconocido se adelantan y las miradas se encuentran, entonces, inclinarse justo donde el escaparate de la esquina converge con tu presencia y acusa una huida despistada, hace que la tentativa se acalore y acudas al simulacro; lecho nupcial enmarcado con reflectores a colores y sábanas rosadas. Y tú, en medio del jefe y los empleados, bostezando, abriéndote paso entre los colores y la claridad que envuelve porque de repente se hizo la luz y los pasajeros con destino al próximo regalo te descubren y abrazan para la postal del recuerdo. El desconocido regresa y presientes que es uno más de los espectadores hasta que el ruido del tranvía asoma y sin querer cierras los párpados para obligar al silencio a permanecer en donde el escaparate se ilumina solamente con la presencia de ciertos sueños como el tuyo. Entonces la frase del caminante y el frenar del tranvía se confunden y el ¿sí?, en lugar del hola o del cigarrillo suena lejano, casi como el primer día en que regresaste cansado, sin haber conseguido una mirada, unos pasos o una noche, por eso las mantas te cubrieron y te encerraste en el sueño, apostando una vez más que los días se repasan solos y vuelven a la censura, a la travesía, al paseo que la alameda resuelve en una banca metálica y fría como el cerrojo del silencio bajo las mantas y el sueño de cada vuelta. Aquel día es hoy porque te encierras de igual modo, con las palabras asestando duro contra los labios para que éstos dejen de cimbrarse y se resuelvan, de seguro terminarán por malograrse hasta mañana o hasta el día del juicio cuando las tumbas hablen y los huesos conformen nuevamente la estructura de los siglos, hasta ese instante la piel comenzará a despabilarse para acudir al reclamo de los días hábiles sin extrañar un séptimo para el descanso y las ideas, para que el cuerpo tiemble y se desespere a la orilla del desconocido que arroja las mantas fuera del abrazo y se arrastra hasta la superficie midiendo y husmeando los altibajos de tu presencia, oliendo tu último baño para terminar dajándose caer en el abismo de la mirada pálida. Un cuerpo junto a otro abriéndose las entrañas para rescatarse del fin y meditar en la germinación instantánea, esporádica, abriéndose a la tierra y sus descendientes, al campo, a la ciudad y a los escaparates para que el círculo remarque su vigencia y la vida vuelva a lo común y corriente de su travesura. La virulencia no lleva consigo el golpe que avisa para traspasar imágenes, simplemente se deja llevar y cuando menos se le espera, plaf, ya está y el escaparate vuelve a iluminarse antes que el desconocido sospeche tu aventura o la rigidez del cigarrillo por los aires rematando su último aliento en la vidriera donde el lecho se despierta y tú abres la tierra para emerger de las sábanas. La subasta da principio, el quién da más se acalora porque nadie dice yo y se enfrenta a tus noches para descifrarte el siguiente minuto. Llegas al final porque el tranvía ha repasado sus rieles y levantas la cara acudiendo al sonido de nuevos pasos sobre la acera y la media noche. El camino se confunde, te observa entre indeciso y pensante mientras tú obligas tus labios a sobreponerse organizándose ante la espera. Sin embargo, la frase se ha perdido entre su ausencia y el tranvía, y el desconocido vuelve a dudar empequeñeciendo tu postura a manera de pregunta, ¿sí? El desconocido hace el intento de acercarse, de llegar a tu cara y convencerse que tu silencio es opuesto al suyo, que existe una agonía en esa espera sentenciada por la noche, la esquina, el tranvía, el escaparate y sus contornos luminosos que acechan rostros como el tuyo y como el de los pasos cautelosos a lo largo de la calle. Volverse para mirar al visitante resulta ser el golpe definitivo, por eso huyes del momento para alcanzar otros pasos y despistar la desvelada frente al sonido del tranvía que se aleja a la última

de sus estaciones, la que termina en la habitación de cerrojos fríos y sueños sueltos cuando la mirada se pierde entre la almohada y el círculo reclama nuevamente su principio.

Noche desmantelada a deshoras, trasnochando un claro a un costado de tu cuerpo porque el desconocido quedó lejano, perdido en el último de los sonidos cuando el tranvía llegó a su fin mientras tus labios continuaban removiéndose insistentes, esperando la frase o el instante frente al azoro de la impotencia y el desvío. Permaneces solo, adivinando la altura de las paredes y lo infinito del techo mientras el sueño acusa un frío siniestro y calcinante, arrebatador de citas y de alamedas cuando todas sus bancas han ido acumulándose a tu alrededor, una sobre otra, retorciendo sus hierros para que el claustro cumpla con las dimensiones de tu sueño y despiertes encerrado hasta la médula aferrándote al frío metálico de las rejas y el cansancio, sobreponiendo tu vista a la iluminación del próximo escaparate que no aparece pero que incita a la lucha con el cerrojo de la puerta y con los hierros a manera de clavos. Afuera el cuerpo abre la intemperie, humedece resquicios, se expande a la luz y al viento. Una vez que has sobrepuesto lo arduo del viaje y te enfrentas al primer caminante que atraviesa. Lo miras y maquinalmente abres paso a nuevos pensamientos que buscan escaparates para distraerte. Sin embargo, de inmediato los desechas y comienzas el ritual de enfrentamiento con el cuerpo que ha quedado aprisionado entre los hierros retorcidos del claustro. Lentamente empiezas a desprenderte de la chamarra y de la camisa, desabotonándola quedo, en tanto encaminas tu andar al centro de la avenida donde el camellón espera y el encuentro se prevé de curiosos que buscan con su gratitud acomodarte un silbido por encima de tu locura. Para ellos, suerte de observar. Para ti la rutina debido a sus domesticidades. Te detienes justo al centro del conductorio vial y colocas las prendas en el cemento sin descuidar la parsimonia del rito. Sonríes. Llevas tus manos al pantalón y lo desabrochas hasta que éste se detiene a media pierna y termina por deslizarse hasta el suelo. Desprendes el cinturón de las presillas y lo tomas. Continúas con los zapatos y calcetas para quedar de pie, mirando a las personas que te rodean. Los reconoces y sus dimensiones te comienzan a exasperar. Los rostros se te aparecen en todos los tamaños posibles. Es preciso que el encuentro llegue, te dices, y destinas el vuelo del cinturón hacia sus caras para alejarlos del momento, de la ciudad, del templo que poco a poco te empequeñece hasta quedar hincado frente a tu propio cuerpo husmeando los altibajos de tu presencia. Mienras, el tranvía se pierde en otra noche.